

➤ **Del Papa Francisco** (13.10.13): **Dios es nuestra fuerza.**

Pienso en los diez leprosos del Evangelio curados por Jesús: salen a su encuentro, se detienen a lo lejos y le dicen a gritos: «*Jesús, maestro, ten compasión de nosotros*» (Lc 17,13). Están enfermos, necesitados de amor y de fuerza, y buscan a alguien que los cure. Y Jesús responde liberándolos a todos de su enfermedad. Llama la atención, sin embargo, que solamente uno regrese alabando a Dios a grandes gritos y dando gracias. Jesús mismo lo indica: diez han dado gritos para alcanzar la curación y uno solo ha vuelto a dar gracias a Dios a gritos y reconocer que en él está nuestra fuerza. Saber agradecer, saber alabar al Señor por lo que hace por nosotros.

➤ **De Benedicto XVI** (14. 10. 07)

Este evangelio de presenta a Jesús que cura a diez leprosos, de los cuales sólo uno, samaritano y por tanto extranjero, vuelve a darle las gracias (cf. Lc 17, 11-19). El Señor le dice: «*Levántate, vete: tu fe te ha salvado*» (Lc 17, 19). Esta página evangélica nos invita a una doble reflexión.

Ante todo, nos permite pensar en dos grados de curación: uno, más superficial, concierne al cuerpo; el otro, más profundo, afecta a lo más íntimo de la persona, a lo que la Biblia llama el «corazón», y desde allí se irradia a toda la existencia. La curación completa y radical es la «salvación». Incluso el lenguaje común, distinguiendo entre «salud» y «salvación», nos ayuda a comprender que la salvación es mucho más que la salud; en efecto, es una vida nueva, plena, definitiva.

Además, aquí, como en otras circunstancias, Jesús pronuncia la expresión: «*Tu fe te ha salvado*». Es la fe la que salva al hombre, restableciendo su relación profunda con Dios, consigo mismo y con los demás; y la fe se manifiesta en el agradecimiento. Quien sabe agradecer, como el samaritano curado, demuestra que no considera todo como algo debido, sino como un don que, incluso cuando llega a través de los hombres o de la naturaleza, proviene en definitiva de Dios. Así pues, la fe requiere que el hombre se abra a la gracia del Señor; que reconozca que todo es don, todo es gracia. ¡Qué tesoro se esconde en una pequeña palabra: «gracias»!

Jesús cura a los diez enfermos de lepra, enfermedad en aquel tiempo considerada una «impureza contagiosa» que exigía una purificación ritual (cf. Lv 14, 1-37). En verdad, la lepra que realmente desfigura al hombre y a la sociedad es el pecado; son el orgullo y el egoísmo los que engendran en el corazón humano indiferencia, odio y violencia. Esta lepra del espíritu, que desfigura el rostro de la humanidad, nadie puede curarla sino Dios, que es Amor. Abriendo el corazón a Dios, la persona que se convierte es curada interiormente del mal.

Reza también con esta oración de San Francisco:

Señor, haz de mi un instrumento de tu paz.

Que allá donde hay odio, yo ponga el amor.

Que allá donde hay ofensa, yo ponga el perdón.

Que allá donde hay discordia, yo ponga la unión.

Que allá donde hay error, yo ponga la verdad.

Que allá donde hay duda, yo ponga la Fe.

Que allá donde hay desesperación, yo ponga la esperanza.

Que allá donde hay tinieblas, yo ponga la luz.

Que allá donde hay tristeza, yo ponga la alegría.

Oh Señor, que yo no busque tanto ser consolado, cuanto consolar,
ser comprendido, cuanto comprender,
ser amado, cuanto amar.

Porque es dándose como se recibe,
es olvidándose de sí mismo como uno se encuentra a sí mismo,
es perdonando, como se es perdonado,
es muriendo como se resucita a la vida eterna.



Lectura del santo evangelio según san Lucas (17,11-19)

Una vez, yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaría y Galilea. Cuando iba a entrar en una ciudad, vinieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían: «Jesús, maestro, ten compasión de nosotros». Al verlos, les dijo: «Id a presentaros a los sacerdotes». Y sucedió que, mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se postró a los pies de Jesús, rostro en tierra, dándole gracias. Este era un samaritano. Jesús, tomó la palabra y dijo: «¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?». Y le dijo: «Levántate, vete; tu fe te ha salvado».

Petición: **Señor, dame la gracia de agradecerte tantos dones que me das. Dame un corazón agradecido**

MEDITACIÓN DEL P. MORALES

o. Pedir fe esperanza y caridad

Incremento de fe, esperanza y caridad debemos pedir siempre. Son las tres virtudes que nos unen directamente con Dios, que nos van transformando poco a poco en Él hasta llegar un día a verle cara a cara. No puede haber petición más hermosa y necesaria para nosotros los hombres mientras peregrinamos por la tierra buscando la patria. «Nos movemos en continua peregrinación, porque creemos en Dios infinito».

La oración de cada día hecha con fidelidad y constancia, va produciendo ese aumento de las tres virtudes teologales que nos incorporan a Dios, transformándonos en Él. Sentir la unión con Dios es el efecto que produce en el alma la oración. Se aviva la fe, se enciende el amor y se dilata la esperanza. Íntimamente trabadas están esas virtudes. La fe es una luz en la inteligencia con la que conocemos a Dios; el amor que nos envuelve en espirales de continuos beneficios, nos cerca con gracias, nos anonada con bondades y misericordias. Y de esa raíz de la fe brota incontenible el amor hacia ese Padre, cuya mirada inefable no nos abandona nunca. Y de la fe y del amor nace la esperanza, la confianza cierta de que siempre estará a nuestro lado hasta que llegue el momento de verle cara a cara para siempre.

El evangelio de la curación de los diez leprosos aviva la fe en Jesús. Mi alma, enferma, una humanidad doliente que puede ser curada si descubre a Cristo, manantial de la vida divina, comunicando al alma fe, esperanza y caridad, que la arrastra a la vida eterna. *Quien cree en mí, manarán de sus entrañas ríos de aguas vivas (Jn 7,38). El agua que yo le daré se hará en él fuente que salte a la vida eterna (Jn 4,18).*

1. Jesús caminaba: Yendo camino de Jerusalén, pasaba entre Samaría y Galilea.

Al entrar en oración, el alma debe empezar siempre anonadándose, reconociendo su nada y admirándose de que con la luz de la fe va a contemplar en Cristo al mismo Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero. Súplicas al Espíritu Santo, invocar con insistencia a María, debe ser nuestra ocupación predilecta desde la preparación de la oración. Al comenzarla, no es perder tiempo consumir un buen rato con estas súplicas hasta crear en el alma ese vacío de sí misma en que se enciende la luz de la fe. Sólo entonces veremos a Cristo en la oración. ¡Y feliz el alma que cada día, por lo menos unos segundos, ve a Jesús en la oración! Esa alma sale de ella con la eternidad en la cabeza, el mundo a los pies, Dios en el corazón.

Jesús caminaba, eso es el rato de oración de cada día: un caminar de Jesús por mi alma, y un caminar para sembrar con profusión la semilla de sus inspiraciones en los surcos de mi corazón, para curarme de mis enfermedades y lepras. –«Madre querida: que la luz de la fe me ilumine para que le conozca, le ame, le siga».

2. Manteniéndose a distancia: Cuando iba a entrar en una ciudad, vinieron a su encuentro diez hombres leprosos.

Al entrar en mi alma, le salen al encuentro diez leprosos. Años y años perdidos en el pecado y la superficialidad. Días y más días que se consumen estérilmente en vanidades y orgullos, en deseos de figurar y quedar bien, mientras se ahogan en flor esos toques íntimos que interiormente invitan al alma a una entrega más generosa. Soy yo, cargado con mis diez leprosos que tengo dentro, quien sale con fe al encuentro de Jesús. Madre: ayúdame a marchar hasta llegar a su presencia.

Al oír que pasaba, la mayoría de los diez dudaría de aproximarse a Él. «¿Para qué? —dirían—. Si yo soy incurable, si mi lepra es crónica, si mi cuerpo ya se va cayendo a pedazos, si Él no es más que un hombre como otro cualquiera, si Cristo no puede darme la felicidad». Pero hay uno entre ellos — quizá el único que después de la curación se acercó a Jesús para agradecer el milagro— más decidido. Se lanza, y, como el ejemplo arrastra, los otros nueve también se ponen en marcha. En cuanto aparece uno que va con decisión hacia Cristo en vida limpia de egoísmo, en seguida se inicia la marcha hacia Cristo de la multitud, aunque no diga nada. La apologética del ejemplo es más eficaz que millones de palabras.

Los diez leprosos, manteniéndose a distancia... ¡Qué detalle tan delicioso nos transmite Lucas! *Manteniéndose a distancia...* No se contentan con considerarse como lo que en realidad son, leprosos, sino que, además, se mantienen a distancia. ¡Cómo la humildad de estos hombres prepara el milagro de Jesús! Siempre la humildad, el reconocerse enfermo, y muy enfermo; leproso, y muy leproso, abriendo ese sagrario de bondades que es el Corazón de Cristo. Porque aquellos leprosos se mantienen a distancia, no sólo para cumplir un precepto de la Ley mosaica, que los obliga a distanciarse de los sanos para no contagiar, sino, más bien, por considerarse indignos de comparecer ante Jesús.

Un rayito de fe penetra en tu alma en la oración. Experimentas el vértigo de la distancia infinita que te separa de Cristo. Instintivamente, te sientes impulsado a mantenerte a distancia. «Cuando la humildad ha preparado una gran capacidad —dice San Bernardo—, la gracia irrumpe en el corazón, pues hay una afinidad estrecha entre gracia y humildad». Es que nuestro corazón es como un vaso destinado a recibir la gracia. Para que pueda contenerla abundante tiene que estar vacío de amor propio y vanidad. Este vacío lo hace precisamente la humildad, ese «conocimiento verdaderísimo de uno mismo que le hace despreciarse» (San Bernardo).

3. ¡Compadécete de nosotros! Levantaron la voz diciendo: ¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!

Uno de ellos, el más valiente, el mejor hijo de la Reina, el mismo que había empujado a los otros, fue el primero en gritar, sin miedo a lo que pensaría la turba allí estacionada. Los demás, animados otra vez con el ejemplo, repetían a coro, vociferando cada vez más: ¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros! Y, como en la curación del ciego, la turba y los discípulos increparían para que se callasen y no molestasen a Cristo. Pero ellos chillaban más y más. Perseveraban unánimes en la oración, luchando contra cansancio, respeto humano, aparente inutilidad de su súplica.

Jesús les deja como no haciéndoles caso, para que alboroten más y más con su plegaria. Le gustan esos voceríos en el silencio de la oración, esos voceríos en los que el alma grita más y más contra las pasiones que le cercan. Le gusta también hacerse esperar para probar nuestra fe y dilatar nuestra caridad. ¡Jesús, Maestro, compadécete de nosotros, hijos queridos de tu Madre, baldados, canijos, impotentes, miserables! ¡Jesús, Maestro, compadécete de nuestros hermanos de la Iglesia universal! ¡Jesús, Maestro, compadécete de la humanidad, esclavizada por la materia, hundida en el pecado, chorreando lepra por todos los poros de la piel!...

4. Al verlos, les dijo...

La mirada amorosa de Jesús, apacible y serena, se posa ahora en aquellos infelices. Y también en nosotros. A cada uno lo mira como si fuese el único leproso. Jesús me mira en la oración y se compadece de mí. ¡Escalofriante! Esta mirada de amor me conquista, moviliza todas las energías de mi ser para entregarme más y más. Lo que más movía el corazón de Pablo era el agradecimiento a Cristo. Siendo él leproso, también lo había mirado. Tres veces, con matices distintos, la idea del amor de Jesús aparece en sus cartas: *Me amó y se entregó a la muerte por mí* (Ga 2,20); *Nos amó y se entregó por nosotros* (Ef 5,2); *Amó a la Iglesia y se entregó por ella* (Ef 5,25). Cristo que me mira, que me ama..., y a mí.

5. Mientras iban quedaron limpios

Les dijo: «Id a presentaros a los sacerdotes». Antes de hacer el milagro quiere probar su obediencia, quiere comprobar si su fe llega hasta obedecer desapareciendo. Y los manda a los sacerdotes, ayer como hoy. La dirección espiritual obediente sincera, constante, hace milagros. Mejor, Jesús se sirve de esos cristos que lo prolongan para hacerlos. Y el premio a la obediencia vino en seguida: *Y sucedió que, mientras iban de camino, quedaron limpios.* Fue en el momento menos pensado. Y quizá algunos ya no creían que iba a realizarse el milagro. Y otros, a lo mejor, murmuraban de su suerte y creían que Cristo no les atendía. Como nos pasa a nosotros cuando el sufrimiento o la contradicción nos asaltan en el camino de la vida. Sucedió que, mientras iban, sin darse casi cuenta, la lepra empieza a desaparecer.

Se cicatrizan las heridas, mientras piel limpia y fresca recubre sus cuerpos, transformándolos. El milagro se había hecho en un instante. Así, un alma, después de muchos años de súplica, después de muchas luchas, un buen día queda limpia de la lepra de la vanidad, de la impureza, del egoísmo... No desconfiemos nunca de nuestra curación. Guardemos siempre el milagro. Esperemos el momento de Dios. —*Madre: haz que mi fe en Él no desfallezca nunca, aunque vayan pasando los años, aunque mis miserias me tengan bloqueado».*

6. Cayó a sus pies dándole gracias

Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió. Entre diez, sólo uno. Fue, quizá, el mismo que había empujado a los demás para acercarse a Cristo. Viendo que se había curado, retornó. Pero ahora ya su ejemplo no arrastra a los demás. ¿Sabes por qué? Porque los otros, al verse sanos, se ensoberbecen, se olvidan de Dios. Antes, en cambio, cuando estaban leprosos, reaccionaron ante el ejemplo valiente de uno de ellos, y fueron a pedir a Cristo que los curase. La humanidad es siempre la misma. Cuando las cosas nos salen bien, nos olvidamos de Dios, lo arrinconamos, como la estufa en verano.

Hace falta la noche del sufrimiento para que se iluminen las estrellas que arrastran a Dios. Por eso, el bondadoso Padre de los cielos nos envía esas noches. Sabe que, si no vienen, nos olvidaríamos de Él, condenaríamos el alma. El leproso, contentísimo con haber descubierto a Cristo, corre a Él para explayar su alma en esa sabrosa comunicación familiar que es la oración. *Se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se postró a los pies de Jesús, rostro en tierra, dándole gracias.* El gozo del leproso estaba en Cristo, corona y alegría de los que le siguen, como mi gozo debe estar no tanto en mis éxitos, cuanto en la conversación amorosa con el Amado, glorificando a Dios con las voces silenciosas de la plegaria acogedora, y cayendo sobre su rostro a los pies de Jesús y dándole gracias. Esto es lo que le gusta a Cristo. Lo vas a ver en seguida.

7. Tu fe te ha salvado

Jesús, tomó la palabra y dijo: «¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?». ¡Con qué sentimiento pronunciaría Jesús estas palabras! Nada le hiere tanto como el desagradecimiento de las almas redimidas de lepras y pecados y miserias. ¡Y son tantos los millones de redimidos que no le dan gracias! ¿No decía Santa Teresa que la ingratitud era el mayor pecado? ¡Y lo cometemos con tanta facilidad! Iñigo de Loyola escribe en una de sus cartas: *«Considero la ingratitud ser cosa de las más dignas de ser abominada delante de nuestro Creador y Señor, entre todos los pecados y males imaginables, por ser ella desconocimiento de los bienes, gracias y dones recibidos».*

Y le dijo: «Levántate, vete; tu fe te ha salvado». Levántate, te dice también a ti, y vete, pues la fe que en la oración has adquirido te ha salvado. Es tu tesoro, por ser manantial que alimenta el amor hacia mí, a las almas de tus hermanos. Auméntalo en cada instante del día, vive siempre de fe. *El justo vive de fe* (Hb 10,37).

Imitando a María, debemos mirarlo todo desde el ángulo de la eternidad.

Llenos de humildad, cargados de lepra, podemos decir con el salmo 73: *No abandones, Señor, para siempre las almas de tus pobrecitos. Despierta, Señor, y no te hagas sordo a las voces de esta humanidad leprosa que te busca.*

---***---